



CRASH

Paul Haggis, 2004

CULPEMOS AL RACISMO

Postulados de Haggis:

La sociedad occidental es un pudridero moral.

Los ciudadanos estadounidenses, ejemplo más boyante de este estilo de vida, consumen su existencia lastimándose unos a otros.

La esencia del mal es el racismo, activo en toda su virulencia hasta el punto de que la estatua de la Libertad, visitada cada año por tres millones y medio de personas, cobija bajo sus faldas el negocio lucrativo del tráfico de esclavos.

El supuesto crisol de todas las culturas, no es más que un amasijo de etnias en lucha permanente.

La hipocresía y la crueldad en sus manifestaciones más extremas se erigen como señas de identidad de una sociedad cuyo único rasgo democrático es ofrecer a todos la oportunidad de participar en esa gran cadena de agresiones en que han convertido la vida.

“Cada día me levanto cabreada y no sé por qué”, se lamenta Jean, y su única respuesta es el desprecio racial, aunque sólo sea por mimetismo con sus conciudadanos.

Puede que el racismo como válvula de escape a la insatisfacción ciudadana se haya convertido en el mejor aliado de unos gobiernos corruptos e incompetentes, pero esto no lo dice Haggis.

Lo que Haggis dice es que si todos maltratan y sufren maltrato, todos son verdugos pero también víctimas, conclusión profundamente humana, pero socialmente inoperante porque no aporta soluciones.

A no ser que la solución sea caerse por las escaleras para así reconocer cuánto necesitas a tu sirvienta.

O estar a punto de perder la vida en un accidente para que el odio por tu violador fraternice con el agradecimiento.

Pero, ¿puede un acto heroico redimir al villano? Probablemente sí, cuando el narrador es uno de los villanos descritos.

Estoy en contra de la violencia explícita, y aún más del sexo con violencia. Por eso agradezco que, para contar un homicidio, la cámara se salga del coche y registre sólo un fogueo. Pero condeno que se recree con las manipulaciones de una agresión sexual cuando habría bastado con mostrar los rostros del agresor y de la agredida.

Agradecer por un lado y condenar por otro puede resultar paradójico, pero es que este film lo es. ¿O no es una paradoja que nadie pague por el daño que hace, sino por el que hace otro? Tras ultrajar a Christine por ser negra, el oficial Ryan sufre el desdén de Shaniqua, otra negra, aunque las consecuencias recaen sobre el padre de Ryan, inocente en este caso. El ciclo se cierra con sendos accidentes de tráfico en los que Shaniqua recibe el castigo a su altivez y Ryan se juega la vida por salvar la de Christine, sumiéndola en un agradecimiento más lacerante que el odio anterior. Así, el azar (o la divina providencia, como allí lo llaman) se encarga de compensar las perversiones sociales provocadas por una justicia institucional corrupta. Esto proporciona al espectador un alivio tan hipócrita como el de saber que la bala de Farhad no ha matado a Lara porque era de fogueo. Después de todo, fuera de la sala el espectador es también víctima y verdugo.

P.D.

Decir Clint Eastwood era para mí lo mismo que decir Harry el Sucio. *Sin perdón* me sacó de mi error. Algo parecido me ha pasado con Paul Haggis, al que conocía como creador de la serie *Walker, Texas ranger*. Me asomé a *Crash*, su primer film como director, con una mirada escéptica, por no decir peyorativa, y me encontré ante una obra humana hasta la médula y acertada en todas sus opciones. Cada fotograma, cada elemento compositivo, el ritmo, la música incidental... Suprimir el sonido original de las dos secuencias más emotivas del film (el rescate de Christine y la muerte de Lara), para sublimarlas con una música que llega al alma, es algo insólito entre los directores actuales, tan proclives al grito, al desgarrar, a la histeria y a la música rimbombante.

El film raya la perfección, pero el enorme talento de Haggis para trenzar cada hilo de la urdimbre no lo exime de incurrir en algún que otro gap, como cuando, de regreso a casa, al director de televisión Cameron Thayer lo extraña una especie de nieve que flota en el aire. Sale del coche, comprueba que es ceniza y solo entonces descubre que viene del coche incendiado por el agente Hansen. La carretera es llana y despejada. El resplandor de la pira debería verse a dos kilómetros de distancia. Sin embargo, Thayer solo la ve cuando está tan cerca de ella que solo tiene que dar unos pasos para acercarse al fuego y contribuir con una tabla.

Por último, una pregunta que siempre me hago ante este tipo de relatos, en los que nadie puede enterarse de casi nada si los ve una sola vez. ¿A quién beneficia esta forma de narrar? Se podría pensar que a la taquilla, puesto que la única manera de enterarse es ver la película, meditar sobre ella, volver a verla, seguir meditando, verla una vez más... Pero esto es un arma de doble filo, porque muchos espectadores harán desistir a sus amigos de ir a verla con sus comentarios adversos: es un lío, no hay quién se entere... Y con razón. Al chino tratante de esclavos, por poner un ejemplo, lo estamos viendo a lo largo de la película: cerrando un trato en una cafetería, pasando con su cargamento ante la escena de un crimen, siendo arrollado cuando se dispone a subir a su furgoneta, arrojado a la puerta de un hospital... Estas apariciones carecen de sentido para el espectador hasta que se revela el contenido del vehículo. Pero esto sucede al final del film, y para entonces es inútil, porque todo lo anterior ha pasado desapercibido. Y lo mismo ocurre con la mujer del chino, a la que vemos nada más empezar y en seguida la olvidamos porque no hay ningún indicio de que su personaje vaya a tener relevancia más adelante.

Con todo, los peor parados son los críticos, que apenas finalizado el pase tienen que escribir una reseña coherente.